



ANTONI BOLINCHES

Un golpe de suerte

A veces los sueños
ayudan a despertar

epígrafe





UN GOLPE DE SUERTE

A veces los sueños ayudan a despertar

ANTONI BOLINCHES

ediciones
Lectio





Primera edición: marzo de 2013

© del texto: Antoni Bolinches, 2013

© de esta edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Muntaner, 200, ático 8^a – 08036 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 – 93 363 08 23

lectio@lectio.es

www.lectio.es

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-15088-78-3

DL T 77-2013





ÍNDICE

1. El accidente	11
2. Días después	15
3. Un largo sueño	21
4. Pensamientos intrapsíquicos	25
5. La vida al tercer intento.....	31
6. La hora de despertar	35
7. Una nueva realidad	39
8. Ante el espejo.....	43
9. Camino de la oficina	47
10. Revisando el pasado	53
11. Un café con Eva.....	57
12. Hablando con Gloria.....	63
13. Un sueño lúcido.....	67
14. Con ayuda de Google	71
15. Un día crítico.....	79
16. En el diván del psicoanalista	85
17. Tutea y vencerás.....	91





10 *Índice*

18. Una terapia adecuada	97
19. Asuntos pendientes	105
20. Hablando conmigo mismo	113
21. Siniestro total	117
22. En el comité local	123
23. En casa de mi padre	129
24. Recuerdos de la infancia	133
25. El mensaje de los sueños	137
26. ¿Y ahora qué?	145
27. Todo está en los libros	151
28. Reorientando el futuro	157
NOTA DEL AUTOR AL LECTOR	167





I

EL ACCIDENTE

Salgo de la vida y entro en el nirvana. Estoy tendido y flotando, como en estado de ingravidez. Me invade una gran paz interior. Incluso sonrío mentalmente cuando alguien, que debe ser un médico, le dice a mi mujer que mi estado es de coma profundo y ella pregunta si me recuperaré.

La respuesta «puede que sí, puede que no» me parece más la de un filósofo que la de un licenciado en medicina, pero, en lugar de enfadarme por el ambiguo pronóstico, lo tomo como un reto personal sobre el que yo mismo puedo decidir. No sé la razón, pero es así, tengo la absoluta seguridad de que, cuando yo quiera, despertaré. Pero, a la vez, algo me impide intentarlo... Supongo que me he quedado dormido, aunque no estoy muy seguro. Antes discriminaba perfectamente entre mis percepciones en estado de vigilia y los sueños que tenía cuando estaba durmiendo, pero ahora, en mi nuevo estado, debo aprender a codificar y decodificar de otra manera lo que me está sucediendo.

Yo, un triunfador social, un economista de prestigio y un político con futuro, estoy en una nueva dimensión donde lo único que me importa es averiguar si es cierta mi creencia de que mi cuerpo

II



responderá a la orden mental de despertar o, por el contrario, me daré cuenta de que mi inteligencia permanece viva dentro de un organismo muerto. La sola posibilidad de no despertar me atemoriza y por primera vez entiendo lo que significa el miedo a decidir. Yo, un hombre seguro y resolutivo que me mofo con frecuencia de quienes por no errar no hacen y por no ofender no hablan, estoy inmovilizado por la duda, lo cual no es poco si tengo en cuenta que también estoy paralizado por el coma.

No sé si es por la incertidumbre o el miedo, pero decido no precipitarme y aplazo la comprobación. Puesto que no estoy preparado para aceptar que mi cuerpo no responda a mi mente, decido que mi mente no actúe todavía. Al fin y al cabo aceptar que estoy en un terreno intermedio entre la vida y la muerte me ayudará a reflexionar sobre ambas cosas.

Al tener ese pensamiento me invade una gran sensación de tranquilidad que agudiza mi percepción auditiva. Por eso, oigo con total nitidez la conversación que mantiene Gloria, mi mujer, con el médico, aunque hablan en voz baja como si no quisieran importunarme.

—¿Despertará algún día?

—Es un misterio que no podemos desvelar.

No lo pueden desvelar ellos, pero yo sí, voy a abrir los ojos y les diré que estoy perfectamente, que el golpe ha sido fuerte pero ya está, ya pasó... Por alguna razón no lo hago... ¿Y si resulta que me estoy engañando? ¿Y si al intentar salir de mi estado me doy cuenta de que no puedo hacerlo? ¿Y si mi creencia de que puedo recuperar la conciencia no es más que un autoengaño? Por lo visto no sólo he perdido la movilidad sino también la seguridad. Demasiadas preguntas que no sé contestar.

Noto que empiezo a sentir algo extraño en mi cuerpo o en mi mente. Me parece que estoy empezando a captar cosas que antes no percibía. ¿Angustia, ansiedad, taquicardia? Es una sensación rara que no acierto a identificar pero que intuyo que no es buena.

Por eso decido tranquilizarme para que mis pensamientos no perjudiquen mi nuevo estado de salud.

No sé si, al dejar de pensar yo, han empezado a hablar ellos, o se trata simplemente de que, al dejar de elucubrar sobre mí, he quedado en condiciones de escucharles. El caso es que estoy captando perfectamente su conversación y lo que están diciendo me concierne.

—Doctor, quiero que me diga la verdad.

—Pues la verdad es que no sé qué decirle, hay personas que siguen así años y años y hay otras que despiertan en una semana.

—¿Eso es todo?

—Sí, hasta ahí llega la ciencia. Por suerte no necesita respiración asistida y eso en principio puede aumentar sus posibilidades de recuperar la conciencia, pero el pronóstico es muy incierto.

Vaya, sólo me faltaba oír esto, él no sabe lo que me va a pasar y yo no me atrevo a averiguarlo, será mejor que me duerma porque si no me voy a deprimir.



2

DÍAS DESPUÉS

He de encontrar una forma de medir el tiempo, no sé si llevo aquí horas, días o meses. No estoy vivo pero tampoco estoy muerto ¿o sí lo estoy? Lo cierto es que no tengo ni idea de lo que es la muerte y, por tanto, no puedo evaluar mi estado. ¿Y si la muerte fuera tener conciencia de quiénes somos sin poder hacer nada de lo que hacíamos? ¿Y si la muerte fuera una forma eterna de existir sin poder actuar? Pero si estuviera muerto me enterrarían... Quizá estoy enterrado, enterrado y condenado a una actividad mental que no puede ser corporal. Pero si estoy muerto mi cuerpo se pudrirá y no podré razonar ¿Debo estar pudriéndome y pronto dejaré de pensar o, como dijo el doctor, sólo estoy en coma y puedo volver a la vida abriendo los ojos? Oigo voces, otra vez son ellos y están decidiendo mi futuro.

—¿Usted cree que es lo mejor?

—Sí, le vamos a trasladar a la planta de comatosos.

¡Qué mal suena eso! Me parece un insulto. De todas formas me alegro de oírles porque significa que estoy vivo, aunque sea a mi manera. Al decir «a mi manera» percibo la musiquilla de la famosa canción pero suena distinta. La voz de Sinatra me viene de den-



tro. ¡Esto sí que es alta fidelidad! No entra por mis oídos, sino que sale de mi cerebro y eso me permite una profunda comprensión del éxito de la canción. Todos podemos vivir a nuestra manera, incluso los «comatosos». La única diferencia es que nosotros no podemos hacer una nueva versión.

Mientras yo hablo conmigo mismo, Gloria llora y el médico la consuela:

—Estará mejor atendido que aquí. Las enfermeras están especializadas en este tipo de pacientes.

Esto ya es otra cosa, soy un paciente, paciente comatoso, pero paciente. Bien pensado nadie puede ser más paciente que un comatoso. Empieza a despertarse mi sentido del humor y eso es una buena señal. Gracias a él he triunfado como escritor y consultor de empresas. Sé sacar punta a las ideas y a las palabras y eso me ha permitido escribir dos libros que reflejan perfectamente mi trayectoria. *Cómo triunfar en los negocios* fue un éxito. Y *El poder de los emprendedores* va por el mismo camino. En poco tiempo se han convertido en obras de referencia entre los estudiantes de las escuelas de negocios más importantes del país. Mi cotización profesional está por las nubes, el problema es que ahora yo también estoy por las nubes por culpa de este maldito accidente... Sólo recuerdo que hice tantos brindis, que a la euforia del éxito se sumó la del alcohol. La conferencia me salió tan bien que hasta yo mismo me creí lo que decía. Todavía tengo en mente la última frase...

Si queréis triunfar en los negocios, más que hacer caso a lo que he dicho, debéis confiar en vuestras posibilidades, porque nadie mejor que uno mismo puede saber cuál es su capacidad y su fuerza, confiad en ambas y el futuro será vuestro.

La gente aplaudió a rabiar y mientras se formaba una incipiente cola y me ofrecían, a la firma, los primeros libros, yo me desdoblaba. Una parte de mí estaba con ellos y respondía a sus preguntas. La otra, la más egocéntrica, la que me hacía sentir un hombre importante, esperaba terminar pronto para realizar otro tipo de dedica-

torias a mi amante de turno, una joven y prometedor economista, cuyas cifras del cociente intelectual rivalizaban con el 100-60-90 de su exuberante anatomía.

Me sentía tan triunfador que no tenía el menor sentimiento de culpa por engañar a mi mujer. Gloria también era joven, guapa e inteligente, pero llevábamos casados cinco años y eso le hacía perder muchos puntos como sujeto erótico, aunque sexualmente era muy competente. Yo diría que nadie me ha hecho las felaciones tan bien como ella. Y ahora, al recordarlo, me pregunto si mi cuerpo está teniendo una erección, aunque mi cerebro no lo note. En pura lógica, puesto que puedo pensar sin sentir, también puede ser que esté sintiendo sin que mi mente lo capte. Soy una mente desconectada del cuerpo, un cerebro con una enorme campana interior cuyas vibraciones me hacen percibir que todo está en mí, pero que yo estoy fuera de todo. No sé si esto es la máxima paz de los budistas o el camino de un infierno del que nunca saldré. De lo que estoy seguro es de que no estoy en el cielo, porque llega hasta mí una voz terrenal que ya me resulta tan familiar como la de Gloria. Me pregunto qué experiencia tendrá en casos como el mío. ¿Qué significa eso de que estaré mejor atendido que aquí? ¿Es que aquí no me atienden bien o es que está reconociendo su incompetencia? Lo que yo quiero es volver a casa, no a la planta de comatosos.

—Doctor, ¿no estaría mejor en casa?

Ésa es mi Gloria, por eso la quiero tanto, me entiende sin oírme.

—No se lo aconsejo, necesita cuidados muy especializados, cambios de posición corporal, cremas hidratantes... Tenga en cuenta que puede estar así toda la vida.

¡Será cabrón! Toda la vida de quién, porque lo mío no es vida. Lo que tengo que hacer es abrir los ojos y despertar de esta pesadilla. Si no lo consigo ya veremos qué hago, pero no tiene sentido quedarme con la duda. Voy a abrir los ojos y todo volverá a ser como antes. El accidente habrá sido una pesadilla, una película de terror con final feliz. Voy a mandarle una orden a mi cuerpo con

toda mi fuerza mental y ya está... ¡abre los ojos! ¡abre los ojos! ¡abre los ojos!... No sé si los tengo abiertos, pero no veo nada. Lo intento una segunda vez, con toda la energía de la que soy capaz, y creo percibir una imagen fugaz que no acierto a interpretar. Luego vuelve el negro oscuro de mi realidad y en mi mente se agudiza la conciencia del estado vegetativo en el que se encuentra mi cuerpo.

Tengo la sensación de que estoy llorando. No sé si mis ojos lo notan, pero mi cerebro tiene la certeza de que es así. Estoy en una nueva dimensión con una nueva percepción. Soy un cerebro vivo enterrado en un cuerpo muerto. Pero, de nuevo, estoy viendo una luz, una imagen luminosa. Y esa imagen destaca de la oscuridad y cobra forma. Es la imagen de Gandhi, mejor dicho del actor que hace su papel. Recuerdo que la película me impresionó porque el personaje está tan lejos de mí como yo de él. Gandhi es una persona digna de admirar a la que no conviene imitar. Sacrificarse por los demás me parece una tontería. Como película, interesante, pero como realidad, inviable, al menos en un mundo como el nuestro... Pero entonces qué coño pinta en mi mente esa esquelética cara de serena sonrisa, como de imbécil conformado ante el dolor.

Sólo falta que se trate de un mensaje místico. Yo, que no acepto más Dios que el dinero ni más credo que el consumo, iluminado, de pronto, por el santón del ayuno. Espero que no sea un aviso de cómo me voy a quedar: todo hueso y envuelto en una sábana blanca. Si no ¿qué otra cosa puede significar Gandhi? Su imagen me está transmitiendo la rara sensación de que algo se une y se separa en mi cerebro... Debe ser que los cables cruzados vuelven a conectarse. Igual es que mi intento de recuperar la conciencia ha facilitado la conexión. La verdad es que pensar en mi nuevo estado me tiene desorientado. ¿Estoy acertando en la descripción de lo que me está ocurriendo o son pensamientos sin sentido? Sea lo que sea, visualizar a Gandhi me está impregnando de una plácida serenidad. Quizá ése es el mensaje que quiere transmitirme o al menos es

el que me conviene retener. Postrado en una cama y a punto de ser trasladado a la planta de comatosos, nada me conviene más que la serenidad. Puesto que ni siquiera puedo suicidarme, lo único que puedo hacer es aceptar mi situación y agradecerle al Mahatma su aparición y compañía.



3

UN LARGO SUEÑO

¿He perdido la noción del tiempo o para los comatosos el tiempo es un factor irrelevante? No sé dónde estoy ni desde cuándo. Semanas, meses, años... oigo la voz de mi mujer y empiezo a deducir que, en mi estado, los pensamientos sólo se activan selectivamente. Ahora me doy cuenta de que mi percepción está ligada a su voz. Es como si, al oírla a ella, quedara facultado para hablar conmigo mismo. Por lo visto no sólo mi vida, sino la propia noción de que sigo existiendo está en sus manos. Existo porque oigo, pero lo que estoy oyendo no me gusta nada.

—Está un poco más delgado, ¿verdad?

—Sí, y lo malo es que su musculatura se está empezando a atrofiar.

—¿Qué podemos hacer, doctor?

—Seguir con los ejercicios y esperar.

—Pero esto no es vida.

—No, ni para él, ni para ti.

Él, supongo que soy yo; ti, se refiere a Gloria; y el que la tutea, es el doctor. ¡Vaya confianzas y vaya porvenir! Me hacen ejercicios que no siento, tienen conversaciones que no entiendo y vivo una



vida, que no es vida, de la que ni siquiera puedo excluirme, aunque, por lo que oigo, ellos se están organizando al margen de mí.

—Lo que debes hacer es salir y distraerte.

—Quizá tenga razón.

Así que el doctor se permite aconsejarle que salga y se distraiga... a lo mejor lo que quiere es que salga con él. Su tono me recuerda al que yo utilizaba para seducir en plan paternalista a mis secretarias. Salir y distraerse... ¿y a mí quién me distrae? Claro que pensándolo bien tampoco estoy aburrido, de hecho no estoy nada, ni aburrido, ni distraído, ni desesperado, ni esperanzado, estoy sin estar. No sé ni cómo definir lo que siento, es una sensación rara. Soy todo cerebro y, a la vez, es como si sólo me funcionara una parte que se activa cuando quiere. Ahora no les oigo. ¿Deben estar hablando de cosas tuyas o es que han salido de la habitación? Esta incertidumbre me jode un montón. Hablan de mí, deciden por mí y yo no puedo intervenir. Voy a prestar atención a ver si me entero de cómo estoy.

—La decisión es tuya, pero tres meses es mucho tiempo para que sigas viniendo cada día.

¡Tres meses! Qué desastre, pronto será primavera en El Corte Inglés y yo sigo en estado vegetativo. Si al menos pudiera comunicarme con Gloria para preguntarle cómo van las cosas. ¿Cómo va la venta del libro? ¿Cómo han reaccionado mis clientes? ¿Cómo está ella? Voy a intentar concentrarme. Ya que, por lo visto, no tengo fuerza para abrir los ojos, intentaré transmitirle un mensaje telepático a ver si lo capta. Pensaré con todas mis fuerzas que quiero comunicarme con ella... Gloria... Gloria... Gloria... Y Gloria habla, pero no en el sentido que yo espero.

—Quizá tenga razón, doctor, él no se entera de nada y yo cada día estoy más deprimida.

¡Que no me entero!, si es precisamente de lo único que me entero, tú eres mi vía de contacto con el mundo externo. Bueno, tú y él. Aunque me parece que el doctor tiene más interés en consolarte